

¿Existe miseria en Costa Rica?

En días pasados apareció en el diario vespertino "La Nueva Prensa" un artículo del brillante escritor don Lucas Raúl Chacón, en el cual comenta, de manera bastante errada, a nuestro modo de ver, unas palabras del señor Presidente de la República.

Habla el señor Chacón en ese artículo, con mucha ironía y con mucho enojo, de las voces que a menudo salen del seno mismo de nuestro pueblo, en demanda de justicia social. Y a la vez parece sostener lo siguiente: o que en nuestro pueblo no existe miseria y reina la felicidad, o que el mismo, está en condiciones de que aquella desaparezca, a cambio de un pequeño esfuerzo. Pero ante esas dos afirmaciones, porque ambas pueden desprenderse de su artículo, cabe preguntarse; ¿Existe o no existe en nuestro pueblo miseria? ¿Es nuestro pueblo feliz hasta donde lo podría ser un pueblo? Si se dijera que nuestro pueblo es feliz se mentiría indudablemente y tal cosa no tiene argumentación; basta retirarse un poco de la Avenida Central y de los esplendidos salones de nuestra sociedad, para encontrarnos con un puñado de casas miserables, ranchos destartados y sin luz, bajo los cuales la miseria entona a toda voz su cántico fúnebre; basta contemplar con un poco de atención a nuestro pueblo como para sentir el corazón oprimido ante una inmensa mayoría de caras macilentas, demacradas, que parecieran gritar, con sorda voz: ¡pan! ¡pan!

Mas si se dijera que existe la miseria, pero que con mucha facilidad se conseguiría la abundancia, entonces habría que decir que todas esas manifestaciones, de que el señor Chacón se ríe, no están por demás; porque a la vez que demuestran "a los de las cumbres" el estado de ánimo en que la falta de sabias legislaciones tiene al pueblo, sirven para ayudar al advenimiento de estas legislaciones, cuando no obteniendo la comprensión de quienes pueden darlas, *si despertando a los que duermen, para que a todo trance, ellas vengan.*

¡No hay proletarios en nuestra patria. No hay proletarios, porque hay

brazos y tierras dispuestas a poner en ellos todas sus riquezas! Eso dice más o menos el señor Chacón; pero tal cosa es un error. En teoría, parece real, y es muy bello, pero ¿en la práctica?... Cree el señor Chacón que todos los padres de familia que anhelan cultivar la tierra podrían hacerlo ¿Con la ayuda de quién? ¿Con qué capital? Hoy por hoy, un pobre no puede ser agricultor; puede ciertamente, trabajar en la tierra, pero con el nombre de jornalero, en calidad de asalariado; puede cambiar sus fuerzas por miserables tres colones, que un rico gasta en una copa de whiskey y que a él le sirven sólo para ser casi un pordiosero. Por otra parte, ya hemos visto que el Gobierno se ha negado a patrocinar un movimiento de esos; y sabemos también que nuestras mejores tierras están acaparadas por los capitalistas, por los grandes. Entonces, ¿qué puede hacer nuestro pueblo? ¿Querría el señor Chacón indicarnos, un camino práctico para conseguir la realización de los ideales que esboza en su artículo? Muy fácil es hablar; y una voz como la del Sr. Chacón, indudablemente, si es áurea por su forma, también lo es por su fondo; tiene el timbre de las monedas que llenan las arcas de los banqueros.

¡Oh señores! ¡SÍ EXISTE MISERIA EN NUESTRO PUEBLO! ¡EN NUESTRO PUEBLO EXISTE HAMBRE! ¡Niéguelo quien quiera y haga hermosos artículos con fundamento en la fertilidad de nuestro suelo y en la fortaleza de los brazos del pueblo! Porque a pesar de todos los pesares, todo el mundo seguirá sintiendo en lo más profundo del corazón, que todas esas teorías, no son otra cosa que hermosas mentiras, que la fertilidad de nuestras tierras es patrimonio únicamente de los ricos; que los brazos del pueblo están débiles y escualidos; que nuestro pueblo padece y que todos los remedios que quieran buscarse, no serán otra cosa que paliativos, que parches pegados a nuestra defectuosa organización social. Y con un traje lleno de parches ¿podrá estar satisfecho un pueblo?

Justicia Social

¿Veis ese hombre que va por media calle, esposadas las muñecas, y que marcha agobiado por el inmenso dolor y vergüenza que experimenta todo reo que se ve expuesto a las curiosas miradas de la multitud?

¿Cuál es su crimen? ¿Cuál será la magnitud de la falta que de lo que expone a esa humillación? ¿Por qué lo llevan para condenarlo, talvez a muchos años de prisión, sin que sus jueces tomen en cuenta el hogar que deja sumido en la más espantosa miseria y en el más grande de los dolores? ¡Oh! ¡el pecado de ese hombre es terrible! ¿Sabéis por qué lo condena la sociedad? Porque ese hombre ha robado una cantidad de dinero a su patrón para poder atender a su pobre esposa que agoniza por falta de asistencia.

¿Verdad que el crimen de ese hombre es enorme? Robó cien colones a uno que tiene cien mil. Cometió el más grande de los crímenes: quitó a quien teniendo y no necesitando, no quiso darle.

Ahora va a ser condenado: en su casa sus hijos lloran al lado de la cama de la madre, cuyo corazón se destroza al pensar en el porvenir de aquellos hijos, pronto sin madre y con un padre en presidio.

¿Sabéis quién mata a esa madre, quién condena a presidio a ese infeliz padre, y en fin, quién entrega al presidio o al patíbulo a los inocentes hijos de ese hogar?

¿No? pues es la *sociedad*; esa sociedad que titulamos irrisoriamente DEMÓCRATA.

Una anécdota de Trosky

Se cuenta que Trosky, uno de los famosos líderes comunistas de la Rusia; encontrándose, en una ciudad de la Europa Occidental haciendo compañía a Lenín, y tal era el estado, de miseria en que se hallaban, que un día tuvo que pedir prestados los zapatos a Lenín para poder asistir a una función teatral.